



© 1904
The American
Artists
Association

Actual (Mérida) (29): 251-254,
Mayo - Agosto 1994.

TRES ESTANCIAS DE LA MUERTE A LA VIDA

Simón Noriega Olmos

Cuando me aproximé al templo fui detenido por unos enmascarados que violentamente me hicieron reconocer que mi habitad se encontraba en las tinieblas.

Así como no pude ver sus caras mis ojos se cegaron.

Inesperadamente perdí todo cuanto tenía, y me pareció olvidar en la obscuridad la conciencia de mi cuerpo y la limitación del espacio.

Resultaba estar perdido, mientras apenas me quedaba el recuerdo de la voz de quien luego reconocí como mi docto hermano.

Vagaba solo y errante, girando en el vacío, caminaba como un condenado a muerte con una soga al cuello, y tan sólo una tenue voz misteriosa me precavía de caer a los abismos, mientras arlequines y gnomos mal intencionados brincaban y hacían bulla pretendiendo asustarme inutilmente, pues mi corazón no temblaba.

Continuaba errante, deteniéndome momentáneamente de vez en cuando, no con otro fin, sino para tratar de dilucidar la realidad que vivía.

Así mientras la brisa surgida de la obscuridad tocaba mis partes desnudas, y mientras la humedad helada de la tierra tocaban mi pie desnudo, yo pensaba en la rodilla fría y me reconfortaba con el calor de la voluntad que apenas se escondía.

Iba yo, entre túneles y espacios, hasta que de repente me tiraron la piedra. La atrapé creyéndola liviana, la sentí caer pero la sostuve. Pesaba, dios mío, pesaba terriblemente, tal era el peso que me humillaba empujándome hacia la tierra, y yo la cargaba con responsabilidad y combativamente, pues quería imponerme a su peso.

Caminé y caminé con ella, con esa piedra viciosa, hasta que la voz de mi querido hermano experto me dijo: «Tírala, tírala!

Allí yo, sobre mis dos piernas y el piso húmedo, en medio del frío, utilicé todas mis fuerzas y arrojé la piedra arrancándomela del alma, la arrojé con todas mis fuerzas, y como asestando un golpe liberatorio.

La piedra no se precipitó, salió impulsada rompiendo todo cuanto se le oponía.

Luego continué caminando parándome a meditar un par de veces, y contestaba: Continuaré, cada vez que se me interrogaba.

Caminé hasta encontrar mi propia tumba, donde apenas pude alumbrarme con una vela, ello para ver mis restos mortales, las esencias de mi lucha, el aliento de mi ser y las advertencias que me prevenían del campo de batalla. Allí yo medité, reflexioné y escribí mi testamento en muerte, pues me proponía retar esas

advertencias, y luchar por agrandar la minúscula luz que intuía dentro de mi.

Luego fui conducido al templo, toqué la puerta con torpeza, y por su puesto, como aún era un profano no me abrieron de buen gusto. Me interrogaron, me preguntaron donde vivía, quién era, qué quería, por qué quería lo que quería, y cómo había llegado allí.

Fui puesto entre columnas, luego sentado en la piedra de las tribulaciones para que reflexionara sobre la muerte.

Seguidamente hice tres viajes, en los cuales participé en una sucesión de combates y pruebas que fortalecieron y purificaron mi alma. Al final estaba preparado para tomar el juramento, con lo cual vi la luz gracias a la voluntad de todos mis hermanos.